

CAMILO JOSÉ CELA CONDE

Los costes de la reconversión



Uno de los misterios de la llamada economía del libre mercado, o de la mano negra que es como la denominó Adam Smith, consiste en que cuando las cosas van bien los trabajadores tienen que apretarse el cinturón pero, a la que van mal, han de hacerlo aún más. Aunque puede que semejante hecho no sea un misterio sino la explicación mejor acerca del éxito de la fórmula capitalista.

Ahora que la remodelación del sector económico aparece como una necesidad a medio o incluso corto plazo, los empresarios tienen muy claro que sea cual sea la solución pasará por un ajuste duro de las plantillas, episodio que, en román paladino, se traduce por la necesidad de echar a buena parte de los empleados a la calle. Un 40% de las empresas turísticas opta por la reducción de empleo, de acuerdo con el informe de Exceltur. Sería en verdad ingenuo el confiar en que un proceso de reconversión como el que nos amenaza se va a hacer de otra forma. Así lo creen —y lo temen— también los sindicatos, que anuncian un otoño caliente a menos que se tomen las medidas necesarias para que la crisis no caiga de manera brutal sobre las espaldas de los trabajadores. Pero no queda demasiado claro en qué pueden consistir tales medidas ni quiénes deben tomarlas, habida cuenta de que hemos votado de forma mayoritaria a un programa político que no sólo cree inútil sino contraproducente el interferir en la autoregulación natural de la cosa económica. Hace cuestión de un cuarto de siglo le oí decir al profesor Von Hayek, premio Nobel de economía y gurú supremo del neoliberalismo, que el tiempo que se tarda en salir de una crisis depende de la cantidad de empleos que se destruyan: cuanto más sean éstos, más rápido resulta el ajuste. Con semejante receta cabe esperar, pues, gente en la calle en un doble sentido: protestando y haciendo la cola del paro.

En Alemania los trabajadores de una empresa multinacional muy conocida

aceptaron hace poco de manera digamos voluntaria un incremento no remunerado de las horas de trabajo y una reducción de las vacaciones a cambio de conservar sus empleos. Eso sucede en un país en el que los sindicatos son muy fuertes y disponen de grandes fondos de reserva para poder hacer frente a una campaña larga de huelgas, de tal suerte que los obreros que la secundan cobran una buena parte de su salario del sindicato mientras dura el pulso laboral. ¿Qué cabe esperar, entonces, de nuestra crisis particular? Estamos en la peor de las circunstancias imaginables: sin una verdadera clase empresarial digna de tal nombre, con una mano de obra muy poco cualificada y unos sindicatos que, por mucho que se esfuercen, no disponen ni por asomo de los medios con los que cuentan sus equivalentes alemanes.

Con semejantes bazas repartidas, será un milagro si el peso mayor de la reconversión no cae de la manera más bárbara sobre los mismos trabajadores que, durante los años en que la gallina ponía todos los días su huevo de oro, fueron tentados por unas contrapartidas salariales a las que les vemos ahora, ya tarde, el disfraz tramposo. Estamos a la cola de toda España en cuanto a la inversión de I+D, los empresarios (?) apenas saben que significa ese acrónimo, el nivel de estudios promedio es bajísimo y carecemos de alternativa al monocultivo turístico. ¿Milagro? Vamos a necesitar mucho más que panes y peces a repartir en el transcurso de una noche afortunada

¿Qué cabe esperar, entonces, de nuestra crisis particular?